

PRESENTACIÓN

La raza no es un dato espontáneo de la percepción y del conocimiento, es una idea construida, lentamente construida, a partir de elementos que pueden ser tanto rasgos físicos como costumbres sociales, que pueden ser tanto particularidades de orden lingüístico como instituciones jurídicas, y que agrupados bajo el nombre de raza, se homogeneizaron bajo el supuesto de que todas estas cosas respondían en definitiva a fenómenos biológicos. Esta idea, extremadamente poderosa en una sociedad dominada por la sacralización de la ciencia, terminó por imponerse como una noción jurídica, mediante la cual se legalizaron las diferencias raciales, se normaron políticas estatales y aún más, se organizaron Estados que usaron esta categoría para segregar y asesinar a millones de seres humanos.

Los usos políticos de esta categoría han servido para consagrar la exclusión como práctica social, al límite de que, quizás, en toda la historia humana no ha existido otra idea con un poder tan criminal como el que encierra el concepto de raza. Sin embargo, en nuestros días vivimos en medio de la paradoja marcada por el destierro de esa categoría del universo de las ciencias, y su innegable existencia social. Mientras las ciencias humanas, sociales y naturales niegan la existencia de las razas como categoría empíricamente válida, esta negación no suprime en lo más mínimo su existencia estatal y su presencia social. Sucede que parece haber consenso científico en que la categoría no es empíricamente válida, sin embargo es una categoría empíricamente efectiva. Su eficacia ha sido más que probada en la historia reciente: el apartheid sudafricano, las limpiezas étnicas en Ruanda, Bosnia y Kosovo o mucho más cerca de nosotros, las cotidianas “cacerías” de mexicanos organizadas por rancheros texanos, son un botón de muestra de una realidad que resulta difícil negar. Vivimos en un mundo donde este concepto, no sirve para otra cosa más que para racionalizar y organizar la violencia y la dominación de los más poderosos sobre los grupos sociales reducidos a la impotencia.

Por estas razones, desde la investigación histórica, nunca estará de más revisar estos temas, animados por la intención de medir la profundidad histórica de realidades, ideas y prácticas de insoslayable vigencia. Los textos reunidos en este dossier apuntan en esta dirección y en ellos se conjugan investigación y reflexión sobre conductas y procesos sociales atravesados por algunos de los usos que ha recibido la categoría de raza.

Sin lugar a dudas el paradigma es Auschwitz, en tanto cristalización de un sistema industrial ideado para exterminar a millones de seres humanos. Hitler lideró un Estado

fundado en la idea del supuesto derecho e impostergable necesidad de remodelar biológicamente a toda la humanidad; y en defensa de la raza aria, organizó un sistema político que consideró que había millones de hombres y mujeres que no tenían derecho a vivir. Enzo Traverso reflexiona sobre el sentido que puede tener el reconocimiento de la singularidad histórica de los campos de exterminio nazis, de cara a los otros genocidios que jalonan la historia del siglo XX. Traverso incursiona en los usos de la memoria de lo singular: el holocausto judío, en tanto síntesis única de la barbarie moderna gestada en el seno de la civilización occidental.

Desde finales de la Gran Guerra y hasta los albores de la Segunda Guerra Mundial, la llamada “decadencia de occidente”, no dejó de ser leída en clave racial. El descenso de la natalidad de la raza blanca, sirvió para explicar “científicamente” los peligros que enfrentaba la civilización. Andrés Reggiani, estudia el significado e impacto del libro La incógnita del hombre, auténtico best seller, escrito por el francés Alexis Carrel, premio Nobel de medicina. Esta obra propuso una estrategia para el fortalecimiento de las razas blancas, sumidas como estaban en un preocupante proceso de decadencia sociobiológica. Las inquietudes de Carrel, de índole tanto filosóficas como científicas, incluyeron propuestas eugenésicas radicales, como la condena a una “muerte piadosa” a todo individuo considerado biológicamente inepto. No resulta difícil inferir las simpatías de Carrel por Hitler y Mussolini, pero lo que aún es más importante, Reggiani esclarece el enorme impacto de las propuestas eugenésicas de Carrel en el mundo “democrático”, sobre todo en Estados Unidos de América, nación construida sobre la segregación racial; pero además esclarece los motivos de la pervivencia de una obra que le permitió a su autor circular ampliamente en los años cuarenta y cincuenta, como paradigma de un científico humanista y cristiano.

En el México revolucionario, los postulados de la eugenesia dejaron sentir su influencia. El mestizo, convertido en fundamento y razón de un régimen político atento a reclamos sociales y culturales, no tardó en ser motivo de preocupaciones médicas. Marta Saade Granados se interna en las sendas abiertas por los primeros eugenistas mexicanos, reconstruyendo sus genealogías e inquietudes. Una eugenesia con escasa, y por momentos inexistente densidad experimental, orilló a esta generación de médicos a adaptar a la realidad nacional discursos científicos generados en otras latitudes, en un intento por dotar de legitimidad a un campo de conocimiento en proceso de formación, pero y sobre todo, en un intento por traducir aquellos discursos en políticas sociales. Desde los saberes médicos, se trató de vigorizar a un pueblo que supuestamente se hallaba prisionero del alcoholismo, la sífilis, la tuberculosis y la desnutrición. De manera particular, Saade Granados analiza las traducciones heterodoxas de los saberes científicos sobre la herencia humana, que a la postre cristalizaron en el diseño de políticas públicas de control natal durante los años treinta del siglo pasado.

El dossier cierra con dos artículos centrados alrededor de los usos de la categoría de raza en la definición de la extranjería y en el diseño de prácticas y políticas migratorias.

El primero, a cargo de Kelly Lytle Hernández, estudia el racismo y la violencia de que fueron objeto los migrantes mexicanos por parte de la Patrulla Fronteriza estadounidense durante las primeras décadas del siglo XX. Resulta particularmente sugerente la manera en que las prácticas racistas, tan enraizadas en la sociedad y en las agencias policiales del Estado norteamericano, delimitaron una nueva tipología racial: la mexicana, enteramente diferenciada del binomio blanco/negro que atraviesa toda la historia de aquel país. Lytle Hernández indaga los orígenes de la arbitrariedad, la discriminación y las vejaciones contra migrantes y residentes mexicanos, prácticas todas ellas convertidas desde entonces en moneda corriente a lo largo de la frontera común.

Por último, Pablo Yankelevich exhibe el significado que tuvo la presencia extranjera en el México de la inmediata posrevolución. La manera en que esa presencia fue interpretada en los debates constitucionales de 1917, y más tarde en el diseño de las políticas inmigratorias, muestra el recelo con que el Estado mexicano se comportó frente a los extranjeros. Las leyes de extranjería e inmigración se significaron como un verdadero cordón sanitario, erigido en protección a una nación y una nacionalidad en permanente amenaza. En este escenario la categoría racial hizo su aparición, y con toda su carga de exclusión, fue usada con fines de protección y fortalecimiento de una raza mexicana en peligro de cruzamientos biológicos con colectividades de inmigrantes que supuestamente portaban tendencias innatas a la degeneración. Pero también, la categoría racial fue empleada contra comunidades de extranjeros pertenecientes a “razas” que culturalmente eran incapaces de fusionarse en el crisol del mestizaje nacional.

En resumen, el lector está frente a un mosaico de investigaciones históricas que dan cuenta de los lamentables usos dados a un concepto de enorme aceptación planetaria hasta promediar el pasado siglo. Concepto por el cual millones de seres humanos han sido asesinados, y muchos millones más han sufrido exclusiones, dominaciones, discriminaciones y coacciones en sus libertades y en sus vidas.

PABLO YANKELEVICH